

EL NARANJO de BULNES

Relato de la primera ascensión

**D. PEDRO PIDAL,
MARQUÉS DE VILLAVICIOSA DE ASTURIAS**

Son números redondos para el montañismo en nuestro país, 100 años hará el 5 de agosto que D. Pedro Pidal y D. Gregorio Pérez alcanzaban la cumbre del Naranjo de Bulnes por su cara Norte. Abriendo de esta manera una vía que con los adelantos técnicos del material, aún está reservada para escaladores de cierto nivel. Y números redondos son también para la historia de nuestro club, porque es el año cero de esta publicación, que quizá cuando tenga 100 años y se celebre el segundo centenario de esta escalada, vuelva a reproducir estas líneas. Un saludo al futuro. Sirvan estos retales del relato que D. Pedro Pidal escribió de la escalada, como pequeño homenaje.

«BULNES, aldea de pastores y cazadores de robegos, es el pueblecillo de Asturias que más se arrima al corazón de los Picos de Europa. Se va a él, desde Arenas de Cabrales, por un valle cerrado, en extremo pintoresco, lleno de acantilados y de rocas, por donde fluye el limpio río Cares, lleno de truchas, y como a unas dos horas de marcha por aquel paisaje dantesco, se abandona el río, tomando a la izquierda por un sendero, en zigzags, el más escabroso y alarmante que vi en los días de mi vida.

A pesar de lo que afirma Prado, de lo que dicen Sanint-Saud y Labrousche, y lo que refieren del Monju, ¿no sería acaso posible intentar la ascensión con una buena cuerda, sin necesidad de pasarse una o algunas semanas en tallar la roca? ¿Y no sería posible intentarla con alguna esperanza de éxito? Que otros habían fracasado en la empresa, ya lo sabía yo; pero si no da uno más pasos de los que dieron otros, ¿dónde está el mérito, dónde la originalidad, dónde las iniciativas?

Cada cual tiene su chifladura en este mundo, y yo prefiero de-

nominar así mis caprichos, que denigrar ligero los del prójimo, sin duda porque no los comprendo. Trepar por una roca pelada, con un precipicio a la derecha y otro a la izquierda, para sorprender algún robezo en alguna revuelta, o contemplar un grandioso panorama en la cima, o salvar la misma dificultad que a uno y a otro conduce, será un placer de que se reirán muchos; pero es un placer soberano, que me domina por completo, y ante el cual me considero... chiflado.

Por eso compré en Londres la mejor cuerda de alpinista que encontré, y me fui a Chamonix para «entrenarme», como dirían los franceses, haciendo la ascensión de la Aguja del Dru, afilado pico de 3.755 metros sobre el Mar de Hielo, y una de las más difíciles ascensiones.

De vuelta a Asturias, llamé a Gregorio el Cainejo (habitante de Caín, que es el Bulnes de los Picos de Europa por el lado de Castilla) para hablarle de mi persistencia en estudiar de cerca el Naranjo, como le había dicho el año pasado.



Gregorio es el hombre fornido, cazador eterno de robegos, que vive en la peña mientras las nieves no le arrojan al valle; sus pies descalzos agarran como ventosas en las cornisas inclinadas de los acantilados infinitos que cuelgan sobre los precipicios de los Picos de Europa; desaloja el robezo de sus más insuperables torres, y lo mismo duerme al pie de un ventisquero que corre a cobrar un animal al fondo del abismo. Gregorio era el hombre que me convenía.

Esta vertiente Norte, única sobre la que nos cabían dudas en cuanto a su inaccesibilidad, era muy sencilla: un descanso o saliente de la peña en el primer tercio inferior de la misma, y dos grietas verticales hasta la cúspide. Examinadas bien estas grietas con los anteojos, comprendimos, desde luego, que una de ellas, la de la derecha era absolutamente impracticable. ¿Lo sería también la otra? He aquí un juicio que no podíamos emitir desde luego; la teníamos demasiado lejos dada su altura, y tan solo podríamos formarnos uno aproximado desde su arranque, es decir, des-

Fotografía:
Salvador Muñoz

de el descanso o saliente del primer tercio inferior de la torre. Pero, ¿podríamos llegar a él? Había que intentarlo. De este modo la ascensión sí era posible, se componía de dos partes: primera a la grieta y segunda por la grieta.

Gregorio se descalzó y yo ajusté de nuevo mis sólidas alpargatas.

El Cainejo me gritaba que me descalzase pero yo tenía más confianza en mis alpargatas especiales de la Calle de la Salud.

Avanzando un pie para ver como cogía la alpargata, hasta afianzarse, y luego el otro, con exquisito cuidado, y ambas manos hacia la derecha para disminuir el peso, logré pasar los cuatro metros de llambrialina...

Echamos la vista al cielo y sólo vimos una parte de la grieta; la otra, la tapaban las nubes. Retroceder en aquel caso hubiera sido cobardía manifiesta. «¡Arriba! Hasta donde podamos, Gregorio –le dije–, y no piense en mí, que yo llevo seguridad completa, ¡adelante!».

A veces mi compañero no alcanzaba el saliente a que agarrarse y entonces, mi cabeza primero y mi puño cerrado después, eran a modo de escabeles de un encumbramiento que no tenía nada de retórico. Una vez en firme, sus buenos puños, tirando de la cuerda, contrarrestaban el efecto de la gravedad en mi persona.

Cuando la grieta se cerraba demasiado, poníamos la espalda a un lado y los dos pies al otro, empujando yo siempre al de arriba, tirando éste por mí a cada momento. No mirábamos abajo por no impresionarnos.

Pero cuando, a hurtadillas, lancé una vez la vista por debajo de mí... no vi nada, estábamos en plena niebla, en la nube.

De este modo fuimos subiendo por aquel canalizo estrecho e interminable, hasta que oí decir al Cainejo: «De aquí no pasamos, Don Pedro». ¿Qué había allí? ¿Qué clase de obstáculos se oponían a nuestro paso? ¿Era la pared vertical, el ángulo hacia fuera, la roca lisa? Nada de eso; era un saliente de roca, a modo de panza de burra, que obstruía la grieta, la chimenea, el paso por donde nos escurriamos, avanzando por el precipicio por encima de la cabeza de Gregorio.

Habíamos llegado a lo verdaderamente impracticable, a lo inaccesible. Tenía yo mi cabeza a la altura de la cintura del Cainejo y estábamos ambos quietos, sin decirnos nada.

¿Qué habrá allá arriba, en aquella cima immaculada, adonde nunca llegaron los hombres! Así estábamos los dos, mudos, esperando sin duda que alguna inspiración divina nos determinase algo, cuando, para cambiar de postura, tropezó mi mano izquierda con una grieta oculta que parecía estar hecha para ella. ¡Que sujeción la que había encontrado!... «Gregorio –le dije–,

yo tengo aquí un agarradero magnífico. Póngase usted sobre mis hombros primero, luego su pie izquierdo sobre mi mano derecha, y vera usted cómo le aupó. Y una vez que usted pueda echar los brazos por encima de esa panza, si no está del todo lisa, ya se agarrará usted y se ayudará con las rodillas». ¿Pues que? ¿No había yo levantado la gran pesa, la Sultana, en el gimnasio de Sánchez? «¡Sin miedo, Gregorio!» –le dije–. Así lo efectuó, echándome yo hacia atrás sobre la niebla para empujarlo hacia arriba, lo icé por encima de aquel estorbo maldito.

Una vez arriba sus brazos se encargaron de mí, levantándose en vilo con la cuerda...; todo sonreía a nuestra ambición desmedida, y cuando el embudo se abrió y la vertical empezó a dejar de serlo, yo me desaté la cuerda, que abandoné al Cainejo, pasé a esté, y saltando, loco, ebrio de placer y de entusiasmo, entóné, al llegar a la cumbre, el más formidable ¡hurra! que di en los días de mi vida... Era la una y cuarto de la tarde.

El paisaje que divisábamos no era otro que el corazón de los Picos de Europa, visto de en medio de ellos: glaciares, neveros, peñascales, torres, tiros, agujas, desfiladeros, vertientes, pedrizas, pozos, robegos empingorotados en alguna punta, o manadas de ellos paciendo a nuestros pies en el valle desierto, en la olla profunda, en el hoyo inmenso, tranquilo y solitario; algunos picos, perdiéndose en las nubes, rebasándolas otros, y en todas partes el abismo, el precipicio, encarcelándonos en aquella roca encantadora que había sido virgen por los siglos...

Era ya necesario empezar la bajada cuanto antes... «¡Adiós, Picos de Europa, en cuyo corazón me hayo; cumbre divina que me prestaste asilo; grandioso panorama que contemplo!... ¡Adiós, región eterna de las nieves, alcázares de piedras soberanos, simas profundas que os tragais las nubes!... Adiós pirámides que en recuerdo de tanta belleza fabricamos!... ¡Vosotras persistiréis si el rayo no os deshace, allí donde nosotros brevemente pisamos, sin duda por la ley general de que la duración del placer se halla en razón inversa a la intensidad del mismo!...

El procedimiento seguido fue el siguiente: Para mí, como a la subida, lo más cómodo y hacadero, bajaba delante, cuando de pecho, cuando de espaldas al muro, y mi compañero me deslizaba, teniendo de la cuerda hasta que tocaba punto firme.

En cuanto a Gregorio, ¿cómo bajaba sin que alguien por arriba, le fuese teniendo y soltando cuerda? He aquí cómo nos arreglábamos: Una vez yo estaba en firme, comenzaba a subir de nuevo lo que podía, y, estirando el brazo, esperaba con mi puño cerrado, pegado a la peña, uno de los pies del Cainejo, quien de allí pasaba a la cabeza y al hombro. Cuando yo no podía subir más, entonces, bajaba «como podía», haciendo maravillas de equilibrio y agarre con los veinte dedos de sus extremidades.

Excuso decir que, mientras se descolgaba de este modo, yo me agarraba con todas mis fuerzas a la peña y a la cuerda para poder resistir el tirón si por acaso llegaba a despeñarse, que de no resistir, dado

que íbamos atados con la cuerda, mi suerte hubiera sido igual a la suya. Hubo un paso en que no podía ya dar otro, y yo le oí murmurar: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo subí yo por aquí?».

«¿No habría por ahí –le dije–, algún pedazo de roca inseguro, de esos que desprendía la cuerda a la subida, al cual pueda usted atar la cuerda que rodea su cintura? Una vez atada esa piedra por el medio, la mete usted en el fondo de la grieta, tirando luego para cerciorarse de que este bien segura, y no tiene usted otra cosa que hacer sino descolgarse por ella hasta mis hombros. En cuanto usted llegue a ellos, la cortamos, y que ese pedazo se quede ahí para que lo utilicen otros»...

La panza maldita la bajamos por el procedimiento de la subida, y no hacía mucho que la habíamos abandonado, cuando una nueva imposibilidad de descenso para el Cainejo se nos presentó delante:

–¿No habrá por ahí algún saliente firme de peña? –le pregunté– Aquí hay uno –me dijo–. Pues desatémonos los dos y echemos la cuerda por encima; yo tendré aquí fuertemente los dos cabos y usted se descolgará por dos cuerdas, en vez de hacerlo por una; al llegar a mí, tirando de un extremo, nos quedaremos con ella.

Admiraba su memoria; tenía cierta fe en sus seguridades, y me abandoné a sus propósitos. «Crea usted –le dije– que yo, en su lugar, me perdería cien veces»; porque no

hay que olvidar que la niebla nos envolvía por completo; lo que sí era cómodo en una grieta donde no había perderse, era sumamente peligroso allí donde la grieta, ramificándose en llambrias, desaparecía. Por eso mis temores eran de sobra fundados, siendo tanto así, que a las siete de la tarde ya no sabíamos dónde estábamos... «Lo ve usted», fue todo lo que dije.

Gregorio, no sé cómo, se perdió en la nube; yo me quedé con la cuerda, pensando en la noche de muerte que íbamos a tener que pasar atados a las rocas, y ante perspectiva tan poco seductora, reduplicué mis esfuerzos indagatorios, metiéndome por sitios de donde luego con gran dificultad salía.

Eran las siete y media; empezaba a oscurecer, y yo a pasar el mal rato, cuando resonó la voz de Gregorio: «¡Don Pedro, ya pareció la llambrialina!»... Se había orientado por el estiércol de un vencejo de montaña que vio a la subida. ¡Qué hombre!

Y aquí puede decirse que terminaron nuestras penas.

Nos perdimos de nuevo; dimos voces a los pastores, y tan solo contestaron las piedras que desprendían los robegos, a quienes habíamos despertado. Comprendimos que estábamos aún muy altos, y bajamos más y más por infames peñascales. Una voz honda y lejana respondió por fin a las muestras. Los pastores nos habían oído. A las once de la noche entramos por sus cabañas. Era el 5 de agosto de 1904.

